



HUMBOLDT Y LAS CULTURAS DE AMÉRICA: TEXTOS Y CONTEXTOS

Nicolás Kwiatkowski

CONICET/Universidad Nacional de San Martín, Argentina

Recibido: 28/10/2019

Aceptado: 04/05/2020

RESUMEN

El artículo considera las ideas de Alexander von Humboldt respecto de las culturas de América a partir de un análisis detallado de *Vues des cordillères et monuments des peuples indigènes de l’Amérique* (París, 1810-1813), pero también incluye referencias a otros textos. Interpreta esas concepciones a partir de algunas relaciones intelectuales de Humboldt, tanto las establecidas personalmente cuanto aquellas surgidas de lecturas y vínculos diversos. Se busca enmarcar las reflexiones humboldtianas en los debates más importantes acerca de los problemas bajo estudio, en particular aquellos que marcaron el último cuarto del siglo XVIII. Gracias a estas pesquisas, se establecen algunas conclusiones provisorias respecto del método de Humboldt, su concepción del saber y sus ideas acerca de las relaciones entre diversas culturas del planeta.

PALABRAS CLAVE: Humboldt; América; Disputa del Nuevo Mundo; comparatismo.

HUMBOLDT AND AMERICAN CULTURES: TEXTS AND CONTEXTS

ABSTRACT

The article considers Alexander von Humboldt’s ideas regarding American cultures, through a detailed study of his *Vues des cordillères et monuments des peuples indigènes de l’Amérique* (Paris, 1810-1813), but also taking other texts into account. It interprets these conceptions with a starting point based on Humboldt’s intellectual relationships, be them direct or established through readership and other links. The text attempts to frame Humboldtian reflections within the intellectual debates of his time, in particular those central to the late Eighteenth century. Through this research, the paper reaches provisional conclusions regarding Humboldt’s method, his conception of knowledge and his ideas about the relations between several cultures.

KEYWORDS: Humboldt; America; Dispute of the New World; comparatism.

Nicolás Kwiatkowski estudió historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Buenos Aires y se doctoró en esa misma casa de estudios en 2006, tras defender una tesis sobre la idea de historia en Inglaterra en el siglo XVII. Recibió becas nacionales e internacionales del CONICET, la Università degli Studi di Cagliari, la Fulbright Commission (Estados Unidos), el DAAD y la Fundación Getty, gracias a las cuales pudo investigar en la Universidad de Cagliari, la Universidad de Harvard (Cambridge, MA), la Freie Universität y el ZfL de Berlín, y el Getty Research Institute de Los Ángeles. Fue también profesor invitado en las universidades de Cagliari y Verona, y en la EHESS de París. Entre sus libros se cuentan *Historia, progreso y ciencia. Textos e imágenes en Inglaterra, 1580-1640* (2009) y, en colaboración con José Emilio Burucúa, *Historia natural y mítica de los elefantes* (2019). Trabaja como investigador adjunto en el CONICET y profesor adjunto en la Universidad Nacional de San Martín.

Correo electrónico: nkiako@unsam.edu.ar

ID ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-2052-8123>

HUMBOLDT Y LAS CULTURAS DE AMÉRICA: TEXTOS Y CONTEXTOS

Los años que Alexander von Humboldt pasó en América fueron importantes para el despuntar en Occidente de nuevas formas de conocimiento sobre el mundo natural y sus relaciones con el humano. Como es bien sabido, el prusiano también reflexionó intensamente sobre las culturas americanas. En *Vues des cordillères et monuments des peuples indigènes de l’Amérique* (París, 1810-1813), por ejemplo, Humboldt reunió e ilustró una serie de “reliquias arquitectónicas y escultóricas, escenas históricas y jeroglíficos relacionados con la división del tiempo y el sistema calendario” de los pueblos americanos, junto con “imágenes de monumentos relevantes para el estudio filosófico del hombre y vistas pintorescas de los sitios más destacados de este nuevo continente” (HUMBOLDT, 1810: I). A partir de esos materiales, el autor comparó el Viejo y el Nuevo Mundo, y reflexionó tan intensa cuanto profundamente sobre la civilización, la barbarie y la conquista. En este texto, describiré brevemente algunos de los hallazgos humboldtianos al respecto, analizaré sus ideas sobre las posibles relaciones entre las costumbres de América y las de otros sitios, buscaré situar esas reflexiones en el contexto de los debates cercanos a su tiempo, entre ellos la llamada “disputa del Nuevo Mundo”, e intentaré identificar las tradiciones de indagación en las que se enmarca su estudio.

La historiografía reciente respecto de Humboldt en general, y en relación con estos temas en particular, lo ha considerado de formas variadas y, al menos dos de ellas, opuestas. De una parte, se lo ha celebrado como el padre de la psicología, la estética, la antropología cultural, la crítica ecológica y el buen gusto moderno. No habría sido solamente un republicano radical, sino también un anti-colonialista y un abolicionista innovador, un genio romántico y heroico, inventor, entre otras cosas, de la naturaleza, capaz de construir puentes entre las humanidades, las ciencias naturales y la política (DASSOW WALLS, 2009 WULF, 2015). Por otro lado, la literatura cercana a los

estudios poscoloniales reprochó a las reflexiones de Humboldt un carácter “derivado”, que se aprovechaba de los saberes de informantes españoles y criollos en América sin mencionarlos (por ejemplo, los de José Celestino Mutis y Francisco José de Caldas). Al hacerlo, habría reproducido lazos de dominación eurocéntrica que eran fundamentales para la construcción imperial moderna, pero también, y sobre todo, para el establecimiento de una epistemología colonialista, recreada involuntariamente por quienes lo consideraron un héroe del saber y la libertad (PRATT, 1992; CAÑIZARES ESGUERRA, 2005). La hipótesis que guía a las páginas que siguen es que Humboldt no fue ninguna de esas dos cosas: ni héroe creador de la modernidad *ex nihilo*, ni productor de desigualdades a partir de la apropiación indebida de conocimientos en la elaboración del saber. Reconstruir, al mismo tiempo, los vínculos intelectuales de Humboldt con otros pensadores y su perspectiva global y comparativa respecto de las culturas del planeta en una visión de larga duración, nos muestra un erudito que buscaba entender la diversidad del mundo a partir de las producciones culturales de los pueblos que lo habitaron.

I

Para comprender las ideas de Humboldt respecto de estos asuntos, es útil partir del universo de relaciones en el cual él mismo se situaba. Nuestro autor se concebía a sí mismo como parte de una república de las letras contemporánea, tan internacional cuanto amplia. Entre las referencias más destacadas en sus textos se encuentran personajes pertenecientes a áreas diversas del saber: el filósofo Johann Gottfried Herder, el filólogo Johan Christoph Adelung, autor de una historia de la cultura fundamental, el sinólogo jesuita Jean Joseph Marie Amiot, los naturalistas Johann Friedrich Blumenbach y Charles Marie de la Condamine, el jesuita Joseph Lafitau, el especialista en jeroglíficos Nils Gustaf Palin, el poeta Friedrich Schlegel, el cosmógrafo Melchisedec Thevenot y varios otros. Por supuesto, su cultura clásica le permitía manejar con comodidad las ideas de autores del mundo griego y romano: Aristóteles, Heródoto, Cicerón, Plinio, Tolomeo y Estrabón. También, a la hora de dar cuenta de las culturas y la naturaleza de América, había adquirido un conocimiento respetable de los escritos de Hernán Cortés, Bernal Díaz del Castillo, Gonzalo Jiménez de Quesada, José

de Acosta, Francisco Clavijero, Francisco López de Gómara, Bernardino de Sahagún, entre tantos, incluidos mestizos como Garcilaso de la Vega Inca, Cristóbal del Castillo, Alvarado Tezozomoc o Chimalpahin Quanthlehuantzin (véase por ejemplo, REBOK, 2001), por no hablar del enorme volumen de datos recolectados por burócratas coloniales que tuvo a su disposición en México, Lima y Quito (BRADING, 1991, 526-532).

Por cierto, las relaciones personales también fueron cruciales para la formación y las investigaciones de Humboldt. Erwin Ackerknecht mostró de manera erudita la importancia de su vínculo con Georg Forster, a quien consideraba su maestro, desde muy temprano (ACKERKNECHT, 1955: 83-95; BROWNE, 1983; GOLDSTEIN: 2019). Quince años mayor que Humboldt, Forster había participado de la expedición de circunnavegación del globo al mando del capitán James Cook. Russell Berman escribió un análisis revelador de las diferentes relaciones que Cook y Forster mantuvieron con los nativos de Nueva Zelanda (COOK, 1955-74; 1799; 1777; FORSTER, 1968; BERMAN, 1998: cap. I). De acuerdo con Berman, los dos relatos son ejemplos de las muchas posibilidades que existían dentro de la Ilustración para comprender otra cultura. Para Forster, la llegada a la isla es una experiencia estética y placentera: colores, sonidos y la posibilidad de agua y vegetales frescos tras cien días de navegación atraen al muchacho (FORSTER, 1968: I, 83; COOK, 1777: I, 70). Para Cook, simplemente, se trata de una costa a la que es preciso registrar y cartografiar por sus capacidades logísticas en la aventura imperial británica. Para el capitán, el encuentro con los nativos se reducía a “cháchara y malos entendidos”, mientras que el naturalista destacaba la comunicación y la “vivacidad y afabilidad” de los locales. Cook exhibe una cara de la Ilustración: el control y la dominación de la naturaleza, que incluye a los habitantes procedentes de las costas que encuentra. Forster, en cambio, se interesa más por un ensanchamiento de la experiencia humana a partir de las relaciones con otros, “acostumbrado a observar a las muchas tribus de hombres como dignas de mi buena voluntad, consciente de los derechos que poseo en común con cada uno de los individuos que las integran” (FORSTER, 1968: I, 14).

En cualquier caso, esas y otras vivencias de Forster se volvieron mundialmente conocidas a partir de la publicación de su relato del viaje, en 1777. En París, el conde de Buffon y Benjamin Franklin recibieron al explorador como un amigo. Años después, en

1790, él mismo emprendería con el joven Humboldt una expedición por Bélgica, Holanda, Inglaterra y Francia, de la cual también publicó un extenso informe. Forster murió en 1794, en París, después de una breve actividad política en Mainz, como fundador y líder de los jacobinos de esa ciudad. Lo interesante para nuestros propósitos es que los relatos de viaje de Forster tratan de una variedad de asuntos que parece haber inspirado también los múltiples intereses de Humboldt, algo que el propio Alexander destacaba en *Kosmos* (1845-1862): explorar la botánica, la zoología, la fisiología y la geografía, pero también la etnografía, el arte y la política, implicaban el intento de alcanzar una descripción global del mundo.

“Gracias a un refinado sentimiento estético que le permitía retener las imágenes frescas y vitales que habían llenado su imaginación en el Pacífico, [...] Forster fue el primero en describir, con gracia y placer, los diferentes grados de la vegetación, las relaciones del clima, los diversos alimentos, las costumbres y hábitos de las diferentes tribus de acuerdo con sus diversas razas y lugares de residencia. Todo lo que puede dotar de verdad, individualidad y distinción gráfica a la representación de la naturaleza estética está presente en sus escritos. [...] Dio inicio así a una nueva era de expediciones científicas, cuyos objetivos son la etnografía y la geografía comparativas” (HUMBOLDT, 1845-1862, II, 44).¹

Ese impulso contra la creciente especialización y departamentalización de las ciencias, que Forster y Humboldt compartían, podría inspirarnos también hoy.

Del mismo modo, la experiencia directa de Forster con los hombres y mujeres de los lugares que visitó lo llevaron a enfrentarse con muchas teorías de los “etnógrafos de gabinete” de su tiempo, algo que también ocurriría en el caso de Humboldt, años más tarde, a partir de sus viajes por América. Ambos compartían la ambición de estudiar la totalidad de las culturas de los pueblos que visitaron, al tiempo que buscaban, en la medida de lo posible, juzgarlas en sus propios términos, y no en relación con la presunta superioridad de las costumbres europeas. En palabras de Forster:

“En lugar de examinar a todos los pueblos cien veces y más, para decirnos si exhiben este o aquel vicio, de acuerdo con las nociones europeas, sería más justo evaluarlas por sí mismas, describirlas en todas sus relaciones y examinar cómo funcionan en el lugar que les tocó en la Tierra” (FORSTER, 1843: V, 384).

¹ Salvo indicación explícita en contrario, las traducciones son mías.

Eso no significaba, por cierto, que Forster prefiriese la “vida salvaje” a la civil. Muy por el contrario, rechazaba el mito del “buen salvaje” tanto como la convicción de que esa pudiera ser una existencia feliz (FORSTER, 1843: VI, 286). Pero, en cualquier caso, los mayores extremos de comportamiento bárbaro se encontraban, de acuerdo con su experiencia, en las acciones de los europeos al entrar en contacto con pueblos “primitivos” (FORSTER, 1843: V, 312). Veremos pronto que esa actitud resuena también en los textos de Humboldt.

II

Vistas de las cordilleras es un libro peculiar. No es sencillo enmarcarlo en un género determinado. Por ejemplo, no sigue un itinerario cronológico y espacial ordenado, como lo hacía la tradición de relatos de viajes. Tampoco es, en sentido estricto, una cosmografía. Su carácter fragmentario y la combinación de historia material e historia geofísica lo distinguen tanto del anticuariado, una aproximación de todos modos presente en el acercamiento de Humboldt a los monumentos, cuanto de la historia natural dieciochesca. El papel destacado de las imágenes también implica un diálogo bastante singular con los textos que buscan esclarecer su sentido. Según Vera Kutzinski y Ottmar Ette, quienes estuvieron a cargo de la edición más reciente del libro en inglés, la obra no tiene “ningún principio ordenador”, pero basa sus contenidos y opiniones en la observación. Se trata de un libro experimental, en el que “grabados y comentarios se organizan como constelaciones” (KUTZINSKI y ETTE, en HUMBOLDT, 2012: XXI). Para Humboldt, “los defectos de orden se veían compensados por la variedad” (HUMBOLDT, 1810: IV). Originalmente previsto como un “atlas pintoresco” que acompañara el diario del viaje del autor y Aimé Bonpland por América del Sur (Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú), Cuba y México, entre 1799 y 1804, rompía con la estructura lineal de ese relato, que se publicaría más tarde: pasaba de un lugar, un objeto, un pueblo de los conocidos en el viaje a otros de una manera hasta cierto punto arbitraria, “que se basa en el movimiento más que en la linealidad” (GARRIDO, 2019: III, 9).² Se reúnen 69 grabados con sus correspondientes explicaciones, algunas de unas pocas líneas, otras de decenas de páginas. El itinerario

² *Vistas* fue incluido luego en el monumental *Voyage aux régions équinoxiales du Nouveau Continent* (1805-1834), en los volúmenes 15 y 16 de esa obra, compuesta de 35 partes.

geográfico se convierte, entonces, en el trasfondo de la variedad de la obra, y el resultado es una visión amplia de la heterogeneidad material, geográfica y cultural de los lugares visitados a lo largo del viaje, en busca de “los primeros progresos del arte” en esa región (HUMBOLDT, 1810: I). Cada uno de esos aspectos se entrelaza en una red hipotética de semejanzas formales a escala mundial. Kutzinski y Ette piensan que se trata de una forma híbrida de representación, en tanto combina información científica y artes visuales. Según Elisa Garrido, los paisajes y objetos ilustrados son para Humboldt herramientas útiles para la comparación entre culturas:

“la percepción del objeto a través del órgano de la vista era el comienzo de un proceso más profundo, al que seguía la representación de la imagen en la mente del espectador y su penetración en la esfera del conocimiento” (GARRIDO, 2019, conclusión).

Vistas... apareció originalmente en francés, en 1810, pero se tradujo pronto a varios idiomas europeos. También en 1810 apareció una versión en alemán; en 1814 el libro se tradujo y publicó en inglés; algo más tarde, en 1878, fue editado en español. Sin embargo, ninguna de esas traducciones presentó la obra completa, sino selecciones del original (apenas un tercio de los grabados se reprodujeron en el caso de la primera edición inglesa, por ejemplo). Igualmente, a diferencia del *Essai politique sur le royaume de la Nouvelle Espagne* (1811) o, más tarde, *Kosmos*, el libro no tuvo un gran eco entre el público: varios de los grabados se reprodujeron separados o a modo de ilustraciones, pero no hubo muchas reseñas de la obra en publicaciones importantes. Es probable que las particularidades antes descritas expliquen la escasa atención que se le prestó.

Pese a ello, la combinación de la contundencia visual de los grabados, una narración vivaz y comparaciones perspicaces, particularmente en el relato de los mitos indígenas, convierte a las *Vistas...* en una obra atrapante. En ella, Humboldt no busca solamente transmitir la experiencia de lo sublime que sostiene haber atravesado ante la naturaleza imponente del Nuevo Mundo, por ejemplo ante la visión del Chimborazo. Al mismo tiempo, intenta una reconstrucción novedosa de la historia pre-hispánica a partir de un conjunto variopinto de restos materiales (monumentos, edificios, caminos, postas), artísticos (esculturas, relieves, “jeroglíficos”), documentales (códices),

lingüísticos, etcétera. Propone, igualmente, una interpretación de la interacción entre naturaleza y cultura en América.

III

El mundo de relaciones intelectuales de Humboldt y las particularidades de *Vistas de las cordilleras...* contribuyen a explicar algunas de sus actitudes hacia el saber y el conocimiento y, quizás, también algunas elecciones de método adoptadas por él en la obra. Un aspecto destacable en este sentido es un impulso incansable por reunir evidencias de diverso tipo que pudieran permitirle primero aclarar sus ideas y luego probar sus hipótesis respecto de varios temas. Así, la combinación de experiencia de primera mano y el acceso a libros, archivos, museos y colecciones, tanto en el Nuevo cuanto en el Viejo Mundo, se vuelve fundamental. El mismo Humboldt destaca la importancia de este tipo de aproximación:

“Mis propios viajes por las diferentes partes de América y de Europa me han provisto de la ventaja de examinar un número más grande de documentos mexicanos de cuantos pudieron revisar Zoëga, Clavijero, Gama, el abate Hervás, el conde Reinaldo Carli y otros sabios que, siguiendo a Boturini, escribieron sobre estos monumentos de la antigua civilización de América” (HUMBOLDT, 1810: 67; véase BOURGUET, 2017: cap. 7).

Pero nuestro sabio no sólo tuvo acceso a esas fuentes, sino que también las incluyó en su obra, junto con fragmentos de varios códices. En consecuencia, *Vistas de las cordilleras...* se convierte en una suerte de antología de la historia material del pasado americano (a partir de la escritura, la pintura, los códices, los calendarios, la escultura), a la que se suma la descripción de la historia natural (los paisajes, la geografía, la geología, los sistemas hídricos, la botánica), ambas comentadas con la ayuda de informaciones de colaboradores nativos y criollos, de documentos originales y un conocimiento profundo (y constantemente exhibido) de la producción escrita de otros sabios.

Reunidos esos materiales, Humboldt los aborda con una ambición comparativa omnipresente, que tiene consecuencias importantes para el sistema de conocimiento del mundo que está construyendo. Para el lector moderno, esa combinación de erudición y comparatismo universalizante, en ocasiones analógico y frágil, es agotadora. Pero para

Humboldt ese recurso era una herramienta heurística fundamental para la construcción de una ciencia capaz de englobar la historia y la cultura de todos los pueblos. Cuando estudia aspectos de la cultura mexicana, la compara con expresiones estilísticamente semejantes de civilizaciones cercanas (otras culturas de América) y lejanas (hindúes, tibetanas, chinas, japonesas, etcétera), en busca de paralelos, similitudes, conexiones y relaciones con ellas, aunque tiende a considerar a cada una como única y a cuestionar las hipótesis difusionistas. Tras discutir una serie de interpretaciones posibles de los mitos de los pueblos del actual México, por ejemplo, Humboldt descarta la hipótesis de una temprana cristianización, por intermedio de los escandinavos, y reconoce en cambio

“en la mitología de los americanos, en el estilo de sus pinturas, en sus idiomas y sobre todo en su conformación exterior, a los descendientes de una raza de hombres que, separados a buena hora del resto de la especie humana, durante una larga serie de siglos, siguió una ruta peculiar en el desarrollo de sus facultades intelectuales y en su tendencia hacia la civilización” (HUMBOLDT, 1810: 86).

El autor estaba, en consecuencia, atento tanto a los posibles vínculos entre las sociedades americanas precolombinas cuanto a los paralelos con hechos y experiencias de regiones distantes. Al formular hipótesis respecto de los motivos por los cuales los pueblos de América construyeron pirámides en el centro y en el sur del continente, se apoya en los estudios desarrollados por George Macartney en China, pues “una costumbre bien establecida en China puede echar luz sobre este tema tan importante” (HUMBOLDT, 1810: 196 y 316). Esta perspectiva comparativa también llevó a Humboldt a explicar la diversidad cultural americana como consecuencia de los límites que diferentes aspectos ambientales tuvieron en los contactos entre diferentes culturas. Los intercambios intra-americanos eran difíciles en tiempos de Humboldt, seguramente lo habrían sido mucho más antes; “las tradiciones no nos indican ningún rastro de vínculos directos entre los pueblos de las dos Américas, su historia no ofrece relaciones evidentes entre las revoluciones políticas y religiosas” de cada una de ellas” (HUMBOLDT, 1810: XIV).

El método comparativo de Humboldt es, en buena medida y quizás por necesidad, morfológico, y busca construir de esa forma una suerte de cartografía mundial de relaciones entre formas y artefactos a partir de una acumulación descomunal de evidencias:

“Siguiendo este principio, esto es, que la explicación de un monumento puede encontrarse en otro, y que para adentrarse en la historia de un pueblo con mayor profundidad es necesario tener ante los ojos las obras en las que ese pueblo imprimió su carácter, decidí encargar grabados de fragmentos tomados de manuscritos mexica de Dresde y Viena. [...] No es fácil dar una explicación completa de las pinturas jeroglíficas que escaparon la destrucción que las amenazó durante el descubrimiento de América, por el fanatismo de los monjes y la estúpida temeridad de los primeros conquistadores. El señor Böttiger, un anticuario que condujo investigaciones sobre las artes, la mitología y la vida doméstica de griegos y romanos, me hizo conocer el *Codex Mexicanus* de la Biblioteca Real de Dresde. Lo menciona recientemente, en una obra que ofrece teorías avanzadas sobre la pintura de los pueblos bárbaros, pero también sobre las de los hindúes, los persas, los chinos, los egipcios y los griegos” (HUMBOLDT, 1810: 266).³

Humboldt se mostraba intrigado por el hecho de que naciones alejadas las unas de las otras (“etruscos, egipcios, tibetanos, aztecas”) ofrecieran “analogías sorprendentes en sus edificios, instituciones religiosas, divisiones del tiempo, ciclos de regeneración e ideas mítica”. A su juicio, el deber del historiador era “indicar estas analogías tan difíciles de explicar”, aunque también “detenerse cuando faltan los datos exactos” (HUMBOLDT, 1810: VI). La preocupación morfológica, incluso estructural, reaparece en su discusión de un manuscrito azteca preservado en el Vaticano.

“Sería sin dudas absurdo suponer la existencia de colonias egipcias en cada lugar donde encontremos monumentos piramidales o pinturas simbólicas, pero ¿cómo no quedar atónitos ante los aspectos semejantes que se observan entre este amplio cuadro de costumbres, artes, lenguajes y tradiciones que se encuentran hoy entre los pueblos más alejados unos de otros? ¿Cómo no llamar la atención respecto de las analogías de estructura en las lenguas, en el estilo de los monumentos y en la ficción entre cosmogonías, en cada lugar donde esos paralelos se revelan, incluso cuando no se es capaz de identificar las causas desconocidas de esos paralelos y cuando ningún fenómeno histórico se remonte a una época de comunicaciones que pudieran haber existido entre los habitantes de distintos climas?” (HUMBOLDT, 1810: 58).

³ Véase también la introducción, donde Humboldt denomina “analógico” al principio que aquí se describe como morfológico: “*J’ai donné plus de développement à celles qui peuvent répandre quelque jour sur les analogies que l’on observe entre les habitants des deux hémisphères. On est surpris de trouver, vers la fin du quinzième siècle, dans un monde que nous appelons nouveau, ces institutions antiques, ces idées religieuses, ces formes d’édifices qui semblent remonter, en Asie, à la première aurore de la civilisation. Il en est des traits caractéristiques des nations comme de la structure intérieure des végétaux répandus sur la surface du globe. Partout se manifeste l’empreinte d’un type primitif, malgré les différences que produisent la nature des climats, celle du sol et la réunion de plusieurs causes accidentelles*” (HUMBOLDT, 1810: II). Respecto de las analogías como método en relación con la historia del arte tradicional europea y la americana, véase Lubrich (2001); sobre las relaciones entre morfología e historia, véase Ginzburg (2006).

Quizás podría encontrarse en este énfasis de Humboldt en la comparación un método semejante al utilizado por Joseph-François Lafitau en su *Moeurs des sauvages Américains comparees aux moeurs des premiers temps*, de 1724. Un artículo esclarecedor de Michel de Certeau describió ese uso con maestría: la pregunta histórica por los orígenes se contesta en este caso con una respuesta formal que construye similitudes para producir un sistema, esto es, “un todo en el que las partes se sostienen las unas a las otras por las conexiones que tienen entre sí” (DE CERTEAU, 1980: 47; LAFITAU, 1724: I, 4).⁴

La lectura de *Vistas de las cordilleras...* muestra a un autor siempre sorprendido por los posibles paralelos entre la historia y la geografía americanas y las de otros lugares, pero también atento a diferencias y expresiones únicas. Humboldt se acerca a las culturas americanas con la ambición de comprenderlas considerando parámetros europeos, pero también más allá de ellos. En consecuencia, juzga los productos culturales americanos (entendidos en sentido amplio, desde los caminos, las postas y la arquitectura hasta los sistemas de escritura, las prácticas rituales y la escultura) tan interesantes y valorables como los de otras culturas del mundo. Permítaseme explicar este punto con más precisión. La comprensión que el autor tenía de las culturas bajo estudio estaba muy influida por una perspectiva centrada en Europa: las tradiciones de la civilización occidental se acercaban al estatuto de un patrón respecto del cual podrían medirse los logros de otras culturas. En la introducción a la obra, Humboldt se refiere a los “modelos inimitables” provenientes de la Grecia antigua (HUMBOLDT, 1810: III). Humboldt era consciente de ello: más allá del juicio estético, el Prusiano “cuestionaba la posibilidad misma de una percepción o de una representación de la alteridad exenta de *a priori* y de condicionamientos culturales” (BOURGUET, 2017, 221). La empresa de traducir los elementos de una cultura a las categorías de otra tenía sus riesgos, y el autor los enfrentaba con una sensibilidad a las situaciones de contacto, violencia e hibridación. Así, de acuerdo con Oliver Lubrich, Humboldt emplea primero modelos eurocéntricos para luego deconstruirlos en tanto paradigmas de la diferencia cultural (LUBRICH, 2002).

⁴ Agradezco la referencia a la generosidad de la Dra. Carolina Martínez.

Las culturas americanas tenían características singulares, diferentes a otras. Entre las consecuencias de esas peculiaridades, se contaban una vida individual menos libre, una “obligación a la felicidad” y una producción artística “sombria”:

“El estudio en el lugar de los peruanos que han conservado su fisionomía nacional a lo largo de los siglos, permite aprender a apreciar en su justa medida el verdadero valor del código legal de Manco Capac y los efectos que produjo sobre las costumbres y la felicidad pública. Había a la vez una asistencia pública y un poco de bienestar privado, más resignación a los decretos del soberano que amor por la patria, una obediencia pasiva sin coraje por acciones valientes, un sentido de orden que regulaba meticulosamente incluso las acciones más pequeñas de la propia vida, poco interés por el reino de las ideas o elevación del carácter. Las instituciones políticas más complejas en la historia de la sociedad humana ahogaron el germen de la libertad individual, y el fundador del imperio de Cusco, que se sentía orgulloso por su éxito a la hora de obligar a los hombres a ser felices, los redujo al estado de simples máquinas. La teocracia peruana era, por cierto, menos opresiva que el gobierno de los reyes mexicas. Pero ambos contribuyeron a dotar a los monumentos, el culto y la mitología de dos pueblos de montaña del aspecto sombrío que contrasta con las artes y las ficciones de los pueblos de Grecia” (HUMBOLDT, 1810: XVI).

Así también, los monumentos bajo estudio habían sido producidos por

“pueblos que no alcanzaron un alto grado de cultura intelectual y que, ya sea por causas religiosas o políticas, o por la naturaleza de su organización social, eran menos sensibles a la belleza de las formas, de manera que los monumentos sólo pueden ser considerados monumentos históricos” (HUMBOLDT, 1810: 2).

Pero eso no significaba que Humboldt pensase que esas sociedades estuvieran privadas de civilización o de ambición artística. “El principal objetivo de esta obra - escribió- es dar una idea exacta del estado de las artes entre los pueblos civilizados de América” (HUMBOLDT, 1810: 294). El autor se proponía, entonces, “un acercamiento entre las obras de arte de México y de Perú y aquellas del Viejo Mundo” (HUMBOLDT, 1810: 2). Vera Kutzinsky y Ottmar Ette piensan que la visión que Humboldt produjo de América haría imposible que los europeos definieran al Nuevo Mundo como su Otro (ETTE y KUTZINSKI, en HUMBOLDT, 2012: 4). Parece ser una apreciación demasiado entusiasta: por cuanto hemos dicho, resulta bastante claro que América es uno de los “otros” de la Europa del autor de las *Vistas...* Como ha sostenido Michael Dettelbach, la reconstrucción humboldtiana del Nuevo Mundo aspira también a ser un medio para reformar el Viejo: América sería entonces un espejo en el que Europa puede verse a sí misma, aunque cambiada (DETTELBACH, 1996: 304).

En cualquier caso, la ambición acumulativa de evidencias, el método comparativo y la valoración de distintas tradiciones culturales terminan por convencer a Humboldt de la provisionalidad del conocimiento. En primer lugar, porque considera siempre necesario distinguir “aquello seguro de lo que es meramente probable” (HUMBOLDT, 1810: 193). También porque las piezas reunidas no permiten completar el rompecabezas y dejan al autor con más preguntas que respuestas, como vimos ya en el caso de la comparación entre elementos de las culturas mexicana y egipcia. Igualmente, porque es capaz de reconocer los límites del propio saber. En su análisis del calendario y la organización del tiempo entre los mexica, resulta evidente que “todo lo que sabemos hasta ahora” del asunto no permite “identificar causas que desconocemos”. Pese a ello, la actitud de Humboldt respecto del avance del saber es optimista. Por un lado, porque aquello que ignoramos no debe impedirnos “formular preguntas que no carecen de interés para la historia filosófica de la humanidad” (HUMBOLDT, 1810: 192, 211). Por el otro, porque él mismo descubrió cosas que otros no habían hallado:

“Me halaga haber llamado la atención sobre un monumento destacado de la escultura mexicana y haber provisto detalles sobre un calendario que ni Robertson ni el ilustre autor de la *Histoire de l'astronomie* parecen haber conocido con tanta curiosidad y cuidado como merecen” (HUMBOLDT, 1810: 127).

De todas maneras, los logros futuros sólo podrían provenir de una profundización del mismo método:

“Es imposible determinar la precisión de esta teoría hasta que un número mayor de pinturas mexicanas en Europa y en América sean consultadas; pues, debo insistir sobre este punto, todo lo que hemos aprendido hasta ahora sobre el estado pasado de los pueblos del Nuevo Mundo palidecerá en comparación con lo que aprenderemos sobre el tema una vez que todos los materiales que están desperdigados por ambos mundos y que sobrevivieron a siglos de ignorancia y barbarie hayan sido reunidos en un solo lugar” (HUMBOLDT, 1810: 188).

IV

Resulta obvio que muchas de las posiciones expresadas por Humboldt en *Vistas de las cordilleras...* no pueden entenderse sino en el marco de lo que Antonello Gerbi denominó la “disputa del Nuevo Mundo”. El debate se inició cuando naturalistas, como Georges-Louis Leclerc, el conde de Buffon, y filósofos como Cornelius de Pauw

propusieron la inferioridad del continente americano. Políticos, filósofos, misioneros y otros hombres de letras, a ambos lados del Atlántico respondieron y desataron así una polémica que se volvió encarnizada a fines del siglo XVIII (GERBI, 1973; SEBASTIANI, 2014). A partir de evidencias diversas, Buffon explicaba la presunta inferioridad de la naturaleza americana como consecuencia de un clima insalubre. Pensaba, igualmente, que tanto los indígenas como los colonos europeos estaban sufriendo las consecuencias de esa influencia climática negativa, y que sus facultades tendían a disminuir. Humboldt no sólo negaba que existieran evidencias de inferioridad y degeneración, sino que además no encontraba nada malo en el clima americano (BROWNE, 1944: 133-39). Una parte de su argumento se basaba en la experiencia directa, en tanto acusaba a quienes proponían la tesis de la imperfección americana de ser filósofos de gabinete, “que nunca habían dejado Europa [...] y negaban todo lo que había sido visto” por los primeros viajeros y misioneros (HUMBOLDT, 1810: II). Observar directamente a los mineros de México, por ejemplo, habría tenido un efecto en sus apreciaciones:

“ver a estos hombres fuertes y trabajadores habría seguramente hecho cambiar de idea a los Raynal y los De Pauw, y a todos aquellos autores, valiosos por todo lo demás, que se complacieron en declamar la degeneración de nuestra especie en la zona tórrida” (HUMBOLDT, 1811: I, 362).

En efecto, muchas de sus ideas al respecto se derivaban de una experiencia directa de la vida en América, que lo había puesto frente a la vitalidad de un mundo natural, explosivo y violento, más que armónico (MINGUET, 1969: 615). En una carta a su hermano, Humboldt dejó en claro estas impresiones: “No puedo repetir suficientemente cuán feliz me encuentro en esta parte del mundo, donde ya estoy tan acostumbrado al clima que siento que nunca he vivido en Europa” (BRUHNS, 1872: I, 332). En América el mundo es verde, las montañas de México son las más bellas del mundo, el Chimborazo es el pico más majestuoso del planeta (BRUHNS, 1872: II, 441). Nuestro autor también expresaba su entusiasmo por los defensores de la normalidad americana: defendía la civilización de los antiguos mexicanos contra De Pauw, Raynal y Robertson, y se declaraba admirador de Thomas Jefferson y Francisco Javier Clavigero (HUMBOLDT, 1811: III, 224; I, 217, 318).

Humboldt estaba convencido, en contra de la opinión de muchos estudiosos de su tiempo, de que el Viejo y el Nuevo Mundo tenían la misma edad geológica: “todo el globo parece haber experimentado las mismas catástrofes” (HUMBOLDT, 1810: VI). En ocasiones, expresaba esa idea de manera terminante:

“Con mucha frecuencia, autores general y merecidamente elogiados han repetido que América es un nuevo continente. Esa vegetación lujuriosa, el enorme alcance de sus ríos, la actividad y el poder de sus volcanes son prueba, dicen, de que allí la tierra todavía tiembla y aún no se ha secado, de modo que está más cerca de su estado primordial y caótico que el Viejo Mundo. Mucho antes de viajar allí, encontraba esas ideas tan anti-filosóficas cuanto contradictorias con las leyes físicas generalmente reconocidas como válidas. Imágenes fantasiosas de juventud e intranquilidad, de aridez creciente y de inercia de una tierra envejecida, pueden surgir solamente entre quienes encuentran atractiva la búsqueda de contrastes entre los dos hemisferios y no hacen esfuerzo alguno por obtener una visión comprensiva de la estructura del globo terrestre. La idea de que debe reinar cierta paz en la naturaleza en una tierra más vieja se basa en un truco de nuestra imaginación. No hay ninguna razón para suponer que una parte de nuestro planeta sea, en su conjunto, más vieja o más nueva que otra” (HUMBOLDT, 1807: I, 16).

Tampoco la presencia humana en América podía considerarse más cercana a la actualidad que en otras regiones: “no hay pruebas de que la existencia de la humanidad sea un fenómeno mucho más reciente en América que en otros continentes” (HUMBOLDT, 1810: VI). Humboldt intentó probar ese punto mediante evidencias arqueológicas, pero también por la vía del estudio de las primeras poblaciones, sus migraciones y sus características culturales, como el lenguaje.

“La raza americana, la menos numerosa de todas las razas, sin embargo ocupa el territorio más extenso de la tierra. Ese territorio se extiende por dos hemisferios. [...] Es la única de las razas que habita tanto en las planicies cercanas al océano como en las zonas montañosas [...]. El número de idiomas diferentes entre las pequeñas tribus indígenas en el nuevo continente parece mucho mayor que en África. [...] Cuanto más se penetra en el laberinto de los idiomas americanos, más se siente que aunque varios de ellos pueden agruparse en familias, un gran número permanece aislado, como el vasco entre los idiomas europeos y el japonés entre los asiáticos. [...] La mayoría de los idiomas americanos exhiben un cierto grado de conformidad en su estructura general [...], la tendencia uniforme de estos idiomas sugiere un origen común o, al menos, una uniformidad extrema en las aptitudes intelectuales de los pueblos americanos, de Groenlandia a las tierras de Magallanes” (HUMBOLDT, 1810: IX y X).

Humboldt articulaba esas ideas respecto de la edad del mundo con sus detalladas expresiones en contra de los argumentos de quienes sostenían la inferioridad natural americana. Le resultaba obvio que tanto los animales domésticos cuanto los salvajes

eran igualmente poderosos en Europa que en América, y le bastaba para fundamentar esa hipótesis con mencionar a jaguares y grandes reptiles. No encontraba más fundamento para la difusión de esas ideas que el hecho de que

“halagan la vanidad de los europeos, al tiempo que pueden vincularse con hipótesis brillantes respecto del estado de nuestro planeta. Pero en cuanto se examinan los hechos, un físico no puede sino encontrar armonía donde estos escritores elocuentes encontraban contrastes” (HUMBOLDT, 1811: I, 224-5).

La idea del abate Raynal, según la cual los animales domésticos de Portobello eran estériles, “carece de toda verdad” (HUMBOLDT, 1811: I, 251).

Sin embargo, Humboldt encontraba necesario abordar la cuestión crucial de la posible influencia del clima en el desarrollo de las civilizaciones (BRADING, 1991). Es, justamente, un cierto determinismo climático el que le permite justificar la yuxtaposición de monumentos naturales y culturales en las *Vistas...* Para el autor, los pueblos nativos de América, se vieron influidos por numerosas causas que determinaron las características de sus elaboraciones culturales, pero “no podemos dudar que el clima, la configuración del sol, la fisionomía de los vegetales, el aspecto de una naturaleza cultivada o salvaje, influyeron en el progreso de sus artes y en el estilo que distingue sus producciones” (HUMBOLDT, 1810: 3). Igualmente, “la distribución desigual de los animales sobre el planeta ha ejercido una enorme influencia sobre la suerte de las naciones y sobre su encaminamiento más o menos veloz hacia la civilización” (HUMBOLDT, 1810: XIV). Humboldt creía que los fenómenos naturales y culturales comparten el mismo espacio y encontraba interesante al respecto el que pueblos indígenas vivieran y produjeran formas culturales diversas en distintos niveles de elevación (costas, tierras bajas, montañas), de modo que el espacio natural y el espacio cultural se entrelazaban.

Respecto de las culturas de América, Humboldt pensaba que se hallaban en un estado de opresión y colapso. Decía haber encontrado “una raza degenerada, los restos débiles de pueblos que vivieron durante largo tiempo desperdigados en los bosques y al final se hundieron nuevamente en la barbarie” (HUMBOLDT, 1859-60: III, 89). Le resultaba evidente que “la mayoría de los salvajes son razas que se han vuelto tales, las reliquias que escaparon de un naufragio general” (HUMBOLDT, 1859-60: IV 324). Si bien Humboldt creía que no era necesario refutar punto por punto la idea de la

inferioridad natural o cultural de los americanos, en tanto era evidentemente falsa (HUMBOLDT, 1811: II, 10-11), pensaba de todas formas que los indios habían caído en la barbarie desde un estado civilizado anterior:

“La barbarie que predomina en estas regiones no es la expresión de una completa ausencia de civilización nativa, sino el efecto de una larga decadencia. Casi todas las tribus a las que llamamos salvajes probablemente descienden de pueblos que alguna vez poseyeron un grado de civilización considerablemente mayor. Quizás haya alguna verdad en las doctrinas orientales que ven a los salvajes como razas forzadas a aislarse en los bosques por la sociedad civilizada” (HUMBOLDT, 1859-60: II, 1, 2).

Veremos más adelante, también que Humboldt encontraba que la causa de la situación actual de los americanos era consecuencia de la explotación que había seguido a la conquista. Pero estaba convencido de que la aceptación de la tesis de la decadencia significaba un rechazo de las teorías de De Pauw:

“algunos autores celebrados, más impresionados por los contrastes que por las armonías en la naturaleza, se han complacido en retratar a América como una tierra de pantanos, hostil a la multiplicación de los animales, habitada por tribus tan poco civilizadas como los habitantes de los Mares del Sur. En las investigaciones históricas sobre los americanos [la obra de De Pauw], un escepticismo absoluto ocupa el lugar de una crítica saludable” (HUMBOLDT, 1810: 10).

Aquí reside, probablemente, la clave de las diferencias entre las posturas de Humboldt y los defensores de la inferioridad americana, pero también una de los aspectos más reveladores de las *Vistas de las cordilleras...* Como hemos visto, la centralidad de la cultura europea para la interpretación humboldtiana de las demás resulta innegable. Esas ideas tampoco son ajenas a una creencia en el progreso humano, pero se combinan con un genuino interés por las culturas no europeas y por una valoración de ellas en sus propios términos. Permítaseme retomar una cita anterior, pero ahora completa:

“Desde fines del siglo pasado -afirma Humboldt-, ha tenido lugar una revolución feliz en nuestra manera de concebir la civilización de diferentes pueblos y las causas que detienen o favorecen el progreso. Hemos aprendido a conocer naciones cuyas costumbres, instituciones y artes difieren mucho de aquellas de griegos y romanos, como las formas originales de animales extintos difieren de las especies que son el objeto de la historia natural descriptiva. La Sociedad de Calcuta ha iluminado vivamente la historia de los pueblos de Asia. Los monumentos de Egipto, que en nuestros días se describen con admirable exactitud, fueron comparados con los monumentos de las tierras más distantes,

y mis investigaciones sobre los pueblos indígenas de América aparecen en un momento en que ya no consideramos indigno de atención aquello que se aleja del estilo del que los griegos nos dejaron modelos inimitables” (HUMBOLDT, 1810: III).

Las concepciones complejas de Humboldt se expresan aquí de manera clara. La tradición europea ocupa un lugar central, “inimitable”, pero todas las otras son también dignas de interés, por alejadas que se encuentren de esos “modelos”. Ellas también tienen una historia que deseamos, y quizás debemos, conocer, algo que evidentemente estaba lejos de las ideas de Buffon y De Pauw. Humboldt no expresa aquí un relativismo absoluto, que ponga a todas las culturas en un pie de igualdad. Sus preferencias son claras pero, como vimos ya en el caso de Forster, propone considerar a las culturas de los otros por sí mismas.

“Nada es más difícil -sostiene Humboldt-, que comparar las naciones que siguieron caminos diferentes en su perfeccionamiento social. Mexicanos y peruanos no pueden ser juzgados por principios tomados de la historia de los pueblos que nuestros estudios nos recuerdan sin cesar” (HUMBOLDT, 1810: XV).

Es por ello que el autor de las *Vistas...* critica a De Pauw, Raynal y Robertson, en tanto son incapaces de reconocer la civilización alcanzada por los aztecas: “estos autores consideran bárbaro todo estado del hombre que difiera del tipo de cultura que ellos formularon para la suya, con sus ideas sistemáticas. No podemos aceptar estas distinciones tajantes entre naciones bárbaras y civilizadas” (HUMBOLDT, 1810: 194). Una idea semejante, en el sentido de que los artefactos americanos no se ajustaban al gusto europeo pero merecían ser considerados por sí mismos, estaba presente en las obras de los criollos mexicanos Pedro José Márquez y Antonio León y Gama, a quienes Humboldt conocía bien (CAÑIZARES-ESGUERRA, 2001: 254-58).

Estas ideas de Humboldt no sólo recuerdan las de Michel de Montaigne, en su famoso ensayo sobre los caníbales,⁵ sino que también parecen indicar una convicción del autor alemán respecto de la unidad de todo el género humano. En este caso, se trataría de un indicio de las lecturas que Humboldt había hecho de la obra de Johan Gottfried Herder quien, además de criticar la opresión de los indios americanos por parte de los europeos, la complacencia ilustrada, su frivolidad y optimismo, encontraba

⁵ “Il n'y a rien de barbare et de sauvage en cette nation, à ce qu'on m'en a rapporté, sinon que chacun appelle barbarie ce qui n'est pas de son usage” (MONTAIGNE, 1873 [1580]: I, XXXI).

en el comercio una influencia corruptora, celebraba el genio virgen de los primitivos y confiaba en el progreso de toda la humanidad, sin exclusiones.⁶ Pero también había enfatizado la unidad del género humano, al sostener que “a pesar de las variedades de sus formas, no hay sino una especie humana en toda la tierra” (HERDER, 1966 [1784]: VII, 163). En suma, “no existen en el mundo naciones sin lenguaje, sin razón, sin religión o sin moral”, todas tienen una “disposición interna a la humanidad, que es tan universal como la naturaleza humana o más bien, la naturaleza humana en sí misma” (HERDER, 1966 [1784]: IX, 255). El autor compartía igualmente la idea de la comparabilidad de las historias a escala planetaria

“apenas han pasado unos pocos siglos desde que los habitantes de Alemania eran patagones, pero ya no lo son y los habitantes de los climas futuros serian diferentes de nosotros... Así, la historia del hombre es un teatro de transformaciones, que solamente él puede evaluar” (HERDER, 1966 [1784]: VII, 164).

Años más tarde, Humboldt citaría algunas de estas ideas de manera casi textual. En su afirmación de la afinidad de la raza humana, rechazaba la “hipótesis desagradable de la existencia de razas superiores e inferiores” y sostenía que

“pueden existir razas más dóciles, más civilizadas, mejores por su cultura intelectual, pero no hay razas más nobles; todas tienen el mismo derecho a la libertad, una libertad que en la naturaleza pertenece al individuo y en la civilización es un derecho de toda la ciudadanía, por medio de instituciones políticas” (HUMBOLDT, 1845-1862: I, 14).

En sus comentarios sobre el *Codex Mendoza*, Humboldt adelantaba ya ideas semejantes. Se expresa allí a favor, al menos parcialmente, de algunas hipótesis de Nils Gustaf Palín:

⁶ “Los indios que mejor han sobrevivido son quienes resistieron la “opresión injusta” de los españoles, responsables de la “barbarie ejercida contra ellos”. México, en cambio, no es más que “una sombra melancólica de lo que fue bajo sus propios reyes”. Los mexicanos tienen aspecto agradable, están bien formados, son inteligentes y activos, “pero sus espíritus están deprimidos por la esclavitud”. Nos acercamos así “al trono de la naturaleza y de la más bárbara tiranía”, el reino del Perú, “rico en minas y en miseria”, donde los indios son más severamente oprimidos: fueron felices y ahora solo les queda el sufrimiento (HERDER, 1966 [1784]: VI, 157 y ss). “Con el incremento de la verdadera humanidad los demonios destructivos de la especie han decaído. [...] La difusión creciente del conocimiento verdadero entre los pueblos llevó a que decayera su capacidad destructiva. [...] incluso las naciones más salvajes de América tienen su política y han logrado progresos que hacen menos violento el arte de la guerra. La raza humana está destinada a proceder a través de varios grados de civilización en varias mutaciones, pero la permanencia de su bienestar se asienta solo y esencialmente en la razón y la justicia (HERDER, 1966 [1784]: XV, 446, 450).

“es una idea bella y fecunda el considerar que todos los pueblos de la tierra pertenecen a la misma familia, y reconocer, en los símbolos chinos, egipcios, persas y americanos, el tipo de un idioma de signos que es común, por así decir, a toda la especie, y que es el producto natural de las facultades intelectuales del hombre” (HUMBOLDT, 1810: 284).

Humboldt estaba convencido de la existencia de un proceso progresivo de civilización, destacaba la desigualdad del desarrollo en los diversos sectores de la vida moral o intelectual de cada pueblo, pero no consideraba que el progreso fuera necesario, ni irreversible, ni únicamente europeo. Al contrario, reconocía, por ejemplo, que pueblos como los de México y Perú tenían una historia larga y compleja, además de haber alcanzado una civilización relativamente avanzada antes de la llegada de los españoles, gracias a la metalurgia, a su habilidad de construir monumentos y ciudades, a sus sociedades muy desarrolladas, a su organización política y militar, a su capacidad de organizar el tiempo en calendarios (HUMBOLDT, 1810: XV), o de concebir ciclos de destrucción y refundación del mundo, semejantes a los de otros pueblos del Viejo Mundo (HUMBOLDT, 1810: 195 y ss). En cualquier caso, expresaba algunas reservas acerca de las civilizaciones americanas, en parte por los sacrificios humanos y el canibalismo,⁷ en parte, como hemos visto, por las estructuras teocráticas del estado en México y Perú. Del mismo modo, creía que el arte precolombino se encontraba “en la infancia de las artes” (HUMBOLDT, 1810: 6).

“Las obras de los primeros habitantes de México se sitúan entre las de los pueblos escitas y los monumentos del antiguo Indostán. ¡Que imponente espectáculo nos ofrece el genio del hombre recorriendo el espacio que hay desde las tumbas de Tinián y las estatuas de la isla de Pascua hasta el monumento del templo mexicano de Mitla; y desde los ídolos informes que encierra este templo hasta las obras maestras del cincel de Praxíteles y de Lisipo!” (HUMBOLDT, 1810: 2).

Pero no todas las culturas de América eran iguales. Al respecto, el análisis que Humboldt propone de un “relieve mexicano encontrado en Oaxaca” es revelador (HUMBOLDT, 1810: 47 y ss). En primer término, porque sostiene que, de acuerdo con los primeros europeos que los contactaron, los habitantes de la región “estaban bien vestidos, se reunían en ciudades populosas y se encontraban infinitamente más

⁷ “Entre los mexicanos, la ferocidad de las costumbres sancionada por un culto sanguinario, la tiranía ejercida por los príncipes y los curas, los sueños quiméricos de la astrología y el empleo frecuente de la escritura simbólica parecen haber contribuido singularmente a perpetuar la barbarie de las artes y el gusto por formas incorrectas y horribles” (HUMBOLDT, 1810: 214).

avanzados en el camino de la civilización que todos los demás pueblos del nuevo continente”. En segundo lugar, porque Humboldt rechaza que la obra sea una copia de una escultura española o que haya sido realizada por un europeo: la imagen del “guerrero que acaba de salir de la batalla” es indudablemente obra de la capacidad productiva y la creatividad de la cultura americana. Para el autor, en suma, América no es “una entidad fija a la que es posible adjudicar clichés, sino un ente que está siendo continuamente diferenciado, historiado de forma consecuente y relacionado mediante comparaciones de carácter universal” (LUBRICH, 2002: 59).

IV

Humboldt creía, entonces, que algunos pueblos de América habían alcanzado un estado civilizado y, aunque no dejaba de evaluar sus culturas a partir de estándares europeos, reconocía su creatividad y aceptaba, finalmente, que debían considerarse en sus términos y a partir de sus propios logros. Eso es, participaban a su modo de la unidad del género humano, y sus producciones podían en consecuencia compararse con las de otros lugares para comprenderlas mejor. También estaba convencido de que el estado actual de los pueblos conquistados era de una decadencia pronunciada. A la hora de explicarla, Humboldt era extremadamente crítico de la “barbarie de los pueblos civilizados” y reprobaba los efectos de la colonización y la conquista.⁸ Mencionó varias veces la violencia ejercida por los españoles sobre los pueblos americanos, un argumento que reconoce antecedentes remotos en Bartolomé de las Casas y, más cercanos a Humboldt, en Antoine-Joseph Pernety y Charles Marie de La Condamine. En su análisis del *Codex Vaticanus Anonimus 3738*, por ejemplo, leemos:

“Este manuscrito contiene copias de pinturas jeroglíficas, compuestas después de la conquista: se ve a muchos indígenas colgados de los árboles, mientras sostienen cruces en sus manos; los soldados de Cortés a caballo incendian una aldea; los monjes bautizan a

⁸ “Cualquiera sea la diferencia que presentan los pueblos en el progreso de su cultura, el fanatismo y el interés conservan su poder funesto. La posteridad tendrá la pena de concebir que, en la Europa civil, bajo la influencia de una religión que por la naturaleza de sus principios favorece la libertad y proclama los derechos sagrados de la humanidad, existen leyes que permiten la esclavitud de los negros, que consienten al colono arrancar al niño de los brazos de su madre, para venderlo en una tierra lejana. Estas consideraciones nos prueban, y el resultado no sirve de consuelo, que naciones enteras pueden avanzar rápidamente hacia la civilización sin que las instituciones políticas y las formas de su culto pierdan enteramente su antigua barbarie” (HUMBOLDT, 1810: 99).

los desafortunados indios en el momento en que se los lanza al agua para hacerlos morir. Son estos los rasgos que permiten identificar la llegada de los europeos al Nuevo Mundo” (HUMBOLDT, 1810: 211).

El autor del *Ensayo político sobre el reino de Nueva España* no sólo criticaba la “carnicería” inicial desatada por los conquistadores, por la cual los mexicanos habían sido “víctimas de la ferocidad europea y el fanatismo cristiano” (HUMBOLDT, 1811: I, 139 y 156). Rechazaba también la esclavitud. De los indios, por un lado, por cuanto “estas llanuras están regadas con el sudor de los esclavos. La vida rural pierde todo su encanto cuando es inseparable del sufrimiento de nuestra especie” (HUMBOLDT, 1811: II, 403). También era de los africanos, a la que dedicó el séptimo capítulo de su ensayo político sobre Cuba: “Sin duda, es el mayor de todos los males que han atormentado a la humanidad” (HUMBOLDT, 1826: 220). Creía que si los blancos no reformaban definitiva y rápidamente el sistema, los negros, que constituían un 83% de la población de las Antillas, se vengarían con derecho de las violencias y privaciones sufridas (HUMBOLDT, 1826: 174; véase ZEUSKE, 2005: 65-90).⁹ Pero la opresión colonial no se limitaba a la esclavitud. También los campesinos fueron arrancados de sus tierras y obligados a trabajar las minas en las montañas; forzados a transportar cargas que excedían sus capacidades por todo el reino, sin alimentación o descanso suficientes (véanse sus referencias a cargueros, “cavallitos” y porteadores, en México y Perú, HUMBOLDT, 1810: 12-19). Todas sus propiedades fueron confiscadas por los conquistadores, un abuso transformado en ley cuando, por ejemplo, se asigna a los indios una proporción mínima de la tierra que rodea a las nuevas iglesias (HUMBOLDT, 1811: I, 181). También consideraba inaceptable que el sistema legal colonial mantuviera a los indios en una suerte de estado de minoridad permanente, bajo

⁹ Años más tarde, el obituario de Humboldt en el *New York Times* registraba una opinión semejante, aunque en este caso referida a los Estados Unidos y la política de segregación racial. “*I am half American: that is, my aspirations are all with you, but I don't like the present position of your politics. The influence of Slavery is increasing I fear. So too is the mistaken view of negro inferiority*”. “*Funeral of Humboldt*”, *New York Times*, June 2, 3, 1859. Sobre la recepción e influencia de las ideas de Humboldt en Estados Unidos, véase Dassow Walls (2009). Herder es igualmente crítico respecto de la esclavitud. En el libro VII, cuestiona el derecho de estos “monstruos”, los esclavistas, a aproximarse a un país desafortunado y arrancar de allí a sus habitantes con engaños y crueldades. La barbarie está de nuevo del lado de los civilizados y los oprimidos tienen derecho a proclamar “esta tierra es nuestra, no tenéis nada que hacer aquí”. Con una visión clara del futuro, Herder advierte que cuando estallen esos sentimientos nacionales, la llama de la libertad arderá con violencia, “hasta que la carne del extranjero sea arrancada por los dientes del nativo” (HERDER, 1966 [1784]: VII, 170 y ss).

la tutela de los blancos, separados del resto de la sociedad por el sistema de castas (HUMBOLDT, 1811: II, VI, 188).

Lamentaba, por último, la pérdida de conocimiento que había resultado de la conquista de los intentos de imponer la cristiandad a los indios:

“he reunido durante mis viajes todo lo que una actividad curiosa ha podido hacerme descubrir en los países, donde durante siglos de barbarie, la intolerancia, ha destruido casi todo lo que se mantenía de las costumbres y del culto de los antiguos habitantes; o bien se han derribado edificios para sacar piedras o para buscar tesoros escondidos” (HUMBOLDT, 1810: 2).

El efecto de ese saqueo no impactaba sólo en la pérdida de aspectos destacados de la cultura americana pasada; también tenía consecuencias sobre la realidad presente de los habitantes de América:

“Los monjes enterraron las pinturas jeroglíficas por las cuales se transmitían conocimientos de diverso tipo, de generación en generación. El pueblo, privado de estos medios de instrucción, fue arrojado a la ignorancia, en mayor medida porque los misioneros no conocían el idioma mexicano y no podían, en consecuencia, reemplazar las viejas ideas con otras nuevas” (HUMBOLDT, 1811: I, 156).

Si, gracias a la expansión planetaria europea, la humanidad había alcanzado un conocimiento mayor del mundo en el que vivía, lo había hecho al precio de la inhumanidad protagonizada por los europeos: “Los progresos del conocimiento cósmico fueron comprados con todas las violencias y atrocidades que divulgan por todo el globo los así llamados conquistadores civilizados” (HUMBOLDT, 1845-1862: I, 156).

Junto con su condena de la opresión (BOWEN, 1981: 230), Humboldt insistía en la necesidad imperiosa de transformaciones profundas, por cuanto resulta imposible que la sociedad blanca avance si la de los indios continúa oprimida:

“la prosperidad de la raza blanca está íntimamente conectada con aquella de la raza color cobre, de manera que no puede haber una prosperidad duradera para las dos Américas hasta que esta raza desafortunada, humillada pero no degradada por la opresión duradera, participe de todas las ventajas que resulta del progreso de la civilización y el mejoramiento del orden social” (HUMBOLDT, 1811: I, 258-262).

Mas no es la “protección” de los nativos lo que puede mejorar su existencia, en tanto “al protegerlos se los humilla y debilita”. Alguien pudo haber creído que se los

ayudaba de esa forma, “pero se los convierte así en una carga para ellos y para el estado en el que viven” (HUMBOLDT, 1811: I, 433, 439).

Estas actitudes complejas de Humboldt respecto de la historia filosófica de la humanidad y las relaciones entre Viejo y Nuevo Mundo pueden encontrarse también en un grabado, analizado con maestría por Helga von Kugelgen Kropfinger hace más de tres décadas (KÜGELGEN KROPFINGER, 1983: 575-616). Se trata de una imagen que se había proyectado como frontispicio para el conjunto de los textos de su viaje con Bonpland, pero terminó por publicarse solamente en el tomo XVIII de esa obra, el “Examen crítico de las fuentes históricas”, en el que se incluían también el texto y las imágenes de las *Vistas de las cordilleras*. La figura se basaba en un dibujo hecho por François Gerard especialmente para Humboldt, luego grabado por Barthelemy Roger [FIGURA 1]. Vemos allí a tres personajes alegóricos, entre ruinas que Gerard tomó de las *Vistas...* de Humboldt, con un gigantesco pico nevado (el Chimborazo) de fondo. El personaje de la izquierda (no queda claro si se trata de una mujer o un hombre, un punto que ha confundido a varios especialistas),¹⁰ vestido con ropas prehispánicas y con un tocado de plumas, recibe la ayuda de un Mercurio-Hermes para levantarse. Entre ambos, Minerva-Atenea ofrece una rama de olivo al indígena. Debajo de la imagen se leen las palabras “*Humanitas. Literae. Fruges. Plin. Jun. L. VIII. Ep. 24*”. La composición está explicada al detalle en el suplemento del volumen XVIII de los viajes. América es consolada por Minerva y Mercurio de los males de la conquista, mientras que la frase latina es una cita de Plinio, quien afirma que los griegos han dado a los otros pueblos la civilización, las letras y el trigo. Se presume, entonces, que América debe esos mismos dones al Viejo Mundo. Según Kugelgen Kropfinger, la presencia de Mercurio y Minerva se remonta a la tradición de las portadas de atlas del siglo XVIII, en particular al *Atlas Novus* de Matthaeus Seutter, donde estaban representados los cuatro continentes con Minerva, Mercurio, Marte y Neptuno, dioses ligados a la sabiduría, el comercio, la guerra y los mares. Pero esto no sería todo. Minerva había sido también un símbolo de Europa, era la diosa de la sabiduría y la defensora de la justicia, de modo que el ramo de olivo representa la paz y la libertad (WITTKOWER, 1938-9: 195). Mercurio era la figura del comercio y de la protección segura, pero se lo vinculaba también con la paz (CARTARI, 1963 [1556]: 165).

¹⁰ M. Dettelbach se ha referido a la figura como un príncipe caído o una sacerdotisa caída en diferentes textos (DETTELBAACH, 1996: 302; DETTELBAACH, 1996b: 289).

Figura 1. Barthélemy Joseph Fulcran Roger, a partir de un dibujo de François Gérard, *Humanitas, Literae, Fruges: Le Commerce et les Arts consolant l'Amérique des maux de la Conquête*, ca. 1815, 40 x 27,2 cm.



Una buena síntesis, entonces, de las ideas de Humboldt sobre el progreso, la conquista, las relaciones entre Viejo y Nuevo Mundo. La alegoría de América no aparece como una figura salvaje: está vestida, no practica el canibalismo, está rodeada de los productos de su propia cultura. Paradójicamente, si consideramos que Humboldt insistía en el carácter único de cada una de las culturas de América, los objetos que rodean a América, cuyas representaciones fueron tomadas de las *Vistas...*, provienen de lugares y períodos diversos de la historia mexicana, unidos al paisaje andino del Chimborazo, de modo que esos elementos quedan yuxtapuestos sin orden aparente, como en un collage pre-colombino homogeneizante. En cualquier caso, fueron convertidos en ruinas por la acción de los conquistadores. Si bien la barbarie anterior de los europeos es condenada, la alegoría expresa una confianza en la *humanitas*, traducida como civilización en el texto explicativo de la portada, las letras en un sentido amplio (ciencias, artes, saberes) y el trigo (curioso, por cierto, que se atribuya a Europa la llegada de las mieses a América, si consideramos los largos párrafos dedicados por Humboldt al cultivo del maíz entre los mexicanos prehispánicos, en el *Essai politique...*). Cabe destacar, igualmente, que el dibujo original de Gérard tenía como leyenda “América rescatada de su ruina por el comercio y por la industria” (MASON, 2001: 142-3), de modo que el cambio en el grabado debe haber sido decisión de Humboldt.

Teniendo en cuenta lo reseñado en estas páginas, resulta extraño que algunos comentaristas atribuyan a Humboldt una naturalización de las relaciones coloniales y de las jerarquías raciales, o que sostengan que nuestro autor pensaba que América era un mundo primario, sin historia y carente de cultura. Cuando Marie Louise Pratt afirma que Humboldt, al igual que los autores de la literatura de viajes, borra “lo humano” de su visión estereotipada de América, caracterizada por “bosques tropicales superabundantes, montañas con nieves eternas y vastas planicies interiores” (PRATT, 1992: 125), parece no haber leído con atención las *Vistas...* y los *Ensayos políticos...* Humboldt se interesa allí por los cultivos, las redes de intercambio, la arquitectura, la escultura, las formas de la política, los rituales, las estructuras del tiempo, los sistemas de escritura, las maneras de registrar la historia y transmitirla, los efectos de la invasión europea del continente... Atribuirle una visión de América como una tierra natural, sin cultura ni historia, resulta

extraño. Algo semejante, aunque su aproximación es mucho más seria, podría decirse de la idea de Peter Mason, según la cual la portada antes descripta

“se adecúa a la predilección de los viajeros del siglo XIX en América del Sur, para quienes los monumentos en ruinas de aztecas, incas y mayas eran más interesantes que los habitantes vivos, una tendencia que siguió caracterizando la respuesta al arte y los artistas americanos de parte de la vanguardia neoyorquina del siglo XX y se refleja en los proyectos contemporáneos de modernización que folklorizan las formas de la vida y deploran la pérdida de lo antiguo, por lo que confinan las culturas indias al museo” (MASON, 2001: 145; véase también MANTHORNE, 1989: 91).

Por el contrario, comparto la perspectiva de Lee Schweningen al respecto, en tanto propone que la actitud y los estudios de Humboldt sobre el mundo natural son inseparables de sus ideas acerca de quienes lo habitan: las relaciones entre la tierra y sus pueblos son entonces fundamentales (SCHWENINGER, 2016). En su obra, el énfasis está en las conexiones: entre el clima, la flora, la fauna, el suelo, la cultura, partes de un entramado regional y mundial más amplio, pues “el planeta es para él una entidad única con propiedades biológicas, físicas y culturales interrelacionadas” (JACKSON, 2009: 4).

V

En *Kosmos*, su última gran empresa intelectual, Humboldt insistía no solamente en la necesidad de historiar el comercio, la comunicación y la historia planetaria, sino que postulaba también la existencia de una suerte de conciencia mundial (*Weltbewußtein*). Aspiraba a la comprensión de la cultura como un fenómeno global, a partir del establecimiento de relaciones, homologías y paralelos entre civilizaciones distantes. En *Vistas...*, las culturas de América aparecen por sí mismas, como parte de un conjunto mundial, a partir de un diálogo intelectual establecido por el investigador, en el que contrastaba esas contribuciones con las de egipcios, indios, chinos, romanos y griegos. Las formas de contar son propias de cada cultura, las relaciones entre lenguas hacen posibles las conexiones, los diferentes sistemas calendarios indican que incluso las ideas del tiempo son distintas para diferentes pueblos y, en cuanto tales, merecen ser estudiadas en profundidad. Humboldt perseguía una historia cultural global, heterogénea, discontinua, marcada por comparaciones hipotéticas, producida a partir de

una sobreabundancia de evidencias, atenta a las relaciones con el mundo natural. En ella, Europa ocupaba un lugar central, tanto porque Humboldt consideraba que las formas del arte y la ciencia allí producidas eran preeminentes, cuanto porque, en su expansión global, la barbarie de los pueblos civiles había provocado destrucciones incomparables.

La ambición comparativa, a veces histórica, en general morfológica, de Humboldt es sorprendente. Claramente vinculada con una idea de interconexiones profundas, ya entre culturas, ya entre mundo humano y mundo natural, esa búsqueda lo llevaba a proponer paralelos entre objetos y dispositivos de funciones similares en culturas notablemente alejadas. Es probable que muchas de esas comparaciones nos parezcan, hoy, demasiado ambiciosas. Investigadores, académicos y eruditos en el campo de la historia de la cultura tienden hoy a enfatizar explicaciones más históricas, vínculos que puedan comprobarse mejor empíricamente, a buscar conexiones establecidas más que a proponer homologías estructurales cuando aquellas parecen ausentes. Seguramente, también su eurocentrismo nos parezca ajeno y, en ese campo, Humboldt es evidentemente más un hombre del siglo XIX que uno del siglo XXI. Esperar que fuera a la inversa es, a lo sumo, testimonio de una ilusión conmemorativa exagerada. Pero también hay en su abordaje una apertura al mundo, natural y humano, una curiosidad incesante, una ambición de saber y una concepción del conocimiento, verdadero aunque provisorio, que todavía pueden inspirarnos en nuestras aventuras intelectuales.

Bibliografía

Fuentes primarias

- CARTARI, V., (1963 [1556]). *Imagini degli dei degli antichi* (W. KOSCHATZKY Ed.), Viena: Akademische Druck Verlagsanstalt Graz.
- COOK, J., (1777). *A voyage towards the South Pole and round the world*, Londres: Strahan and Cadell.
- COOK, J., (1799). *Voyages round the World*, Manchester: Sowler and Russell.
- COOK, J., (1955-74). *The Journals of Captain James Cook on his voyages of discovery*, Cambridge: Cambridge University Press.
- FORSTER, G., (1843). *Sämtliche Schriften*, Leipzig: F.A. Brockhaus.
- FORSTER, G. (1968), *Werke*, Berlín: Akademie Verlag.
- GERARD, H., (1867). *Correspondance de François Gerard, Peintre D'Histoire, avec les artistes et les personnages célèbres de son temps*, París: s. e.
- HERDER, J. G. (1966 [1784]). *Outlines of a Philosophy of the History of Man*, Nueva York: Bergman.
- HUMBOLDT, A., (1806). “Uber die urvölker von Amerika”. *Neue Berlinische Monatsschrift*, 15, pp. 177-207.
- HUMBOLDT, A., (1849 [1807]). *Ansichten der Natur, mit wissenschaftlichen Erläuterungen*, Stuttgart: Cotta.
- HUMBOLDT, A., (1810). *Vues des cordillères et monuments des peuples indigènes de l'Amérique*, París: Schoell.
- HUMBOLDT, A., (1811). *Essai politique sur le royaume de la Nouvelle Espagne*, Paris: Schoell.
- HUMBOLDT, A., (1811). *Political Essay on the Kingdom of New Spain*, Londres: Longman, Hurst, Rees, Orme, and Brown.
- HUMBOLDT, A., (1826). *Essai politique sur l'Ille de Cuba*, Paris: Libraire Gide et fils.
- HUMBOLDT, A., (1845-1862). *Kosmos, Entwurf einer physischen Weltbeschreibung*, 5 vols., Stuttgart: Cotta.
- HUMBOLDT, A., (1859-1860). *Reise in die Aequinoctial-Gegenden des neuen Continets*, Stutgart: Cotta.
- HUMBOLDT, A., (2012). *Views of the Cordilleras and Monuments of the Indigenous Peoples of the Americas* (V. M. KUTZINSKI and O. ETTE [Eds.]), Chicago: University of Chicago Press).
- LAFITAU, J.-F., (1724). *Moeurs des sauvages Ameriquains comparees aux moeurs des premiers temps*, París: Saugrain l'aîne et Charles Etienne Hochereau.
- MONTAIGNE, M., (1873 [1580]). *Essais*, París: Librairie des bibliophiles.

Fuentes secundarias

- ACKERKNECHT, E.H., (1955). “Georg Forster, Alexander von Humboldt, and Ethnology”. *Isis*, 46, 83-95.

- BERNAL, I., (1962). “Humboldt y la Arqueología Mexicana”. En M. O. de BOPP (Ed.), *Ensayos sobre Humboldt* (128-152). México D. F.: Universidad Nacional Autónoma de México.
- BERMAN, R. A., (1998). *Enlightenment or Empire. Colonial Discourse in German Culture*, Lincoln y Londres: University of Nebraska Press.
- BOURGUET, M.-N., (2017). *Le monde dans un carnet. Alexander von Humboldt en Italie (1805)*, París: Félin.
- BOWEN, M., (1981). *Empiricism and geographical thought: from Francis Bacon to Alexander von Humboldt*, Cambridge: Cambridge University Press.
- BRADING, D., (1991). *The first America: the Spanish monarchy, Creole patriots, and the liberal state, 1492-1867*, Nueva York: Cambridge University Press.
- BROWNE, C. A., (1944). “Alexander von Humboldt as historian of science in Latin America”. *Isis*, 34, pp. 133-39.
- BROWNE, J., (1983). *The Secular Ark. Studies in the History of Biogeography*, New Haven: Yale University Press.
- BRUHNS, K., (1872). *Alexander von Humboldt. Eine wissenschaftliche Biographie*, 3 vols., Leipzig: Brockhaus.
- CAÑIZARES ESGUERRA, J., (2001). *How to Write the History of the New World*, Stanford: Stanford University Press.
- CAÑIZARES ESGUERRA, J., (2006). “How Derivative was Humboldt? Microcosmic Nature Narratives in Early Modern Spanish America and the (Other) Origins of Humboldt’s Ecological Sensibilities”. En J. CAÑIZARES-ESGUERRA, *Nature, Empire, and Nation. Explorations of the History of Science in the Iberian World* (pp. 112-128). Stanford: Stanford University Press.
- CASTILLO, S.; DETTELBACH, M.; CAÑIZARES-ESGUERRA, J.; DASSOW WALLS, L., (2011). “The Passage to Cosmos: a symposium”. *Studies in Travel Writing*, 15, 1, pp. 61-75, DOI: 10.1080/13645145.2011.537509
- CHAMBERS, D. W., (1996). “Centre looks at periphery: Alexander von Humboldt's account of Mexican Science and Technology”. *Journal of Iberian and Latin American Research*, 2, 1, pp. 94-113, DOI: 10.1080/13260219.1996.10431806
- COVARRUBIAS, J. E. y SOUTO MANTECÓN, M., (Eds.) (2012). *Economía, ciencia, y política: Estudios sobre Alexander von Humboldt a 200 años del ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, México D. F.: Universidad Nacional Autónoma de México.
- DASSOW WALLS, L., (2009). *The Passage to Cosmos: Alexander von Humboldt and the Shaping of America*, Chicago: University of Chicago Press.
- DE CERTEAU, M. y HOVDE, J., (1980). “Writing vs. Time: History and Anthropology in the Works of Lafitau”. *Yale French Studies*, 59, pp. 37-64.
- DETTTELBACH, M., (1996a). “Humboldtian Science”. En N. JARDINE, J. A. SECORD y E. C. SPARY (Eds.), *Cultures of Natural History* (pp. 287-304). Cambridge: Cambridge University Press.
- DETTTELBACH, M., (1996b). “Global Physics and Aesthetic Empire: Humboldt’s Physical Portrait of the Tropics”. En D. P. MILLER y P. H. REILL (Eds.), *Visions of Empire: Voyages, Botany, and Representations of Nature* (pp. 258-292). Cambridge: Cambridge University Press.
- ETTE, O., (2012). “TransTropics: Alexander von Humboldt and hemispheric construction”. En V. KUTZINSKI, O. ETTE y L. D. WALLS (Eds.), *Alexander von Humboldt and the Americas* (pp. 209-236). Berlín: Verlag Walter Frey.
- FONER, P. S., (1983). “Alexander Von Humboldt on Slavery in America”. *Science & Society*, 47, 3, pp. 330-342.
- GARRIDO, E., (2019). *Arte y ciencia en la pintura del paisaje*, Madrid: Doce Calles.

- GERBI, A., (1973). *The Dispute of the New World*, Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.
- GINZBURG, C. (2006). “Semejanzas de familia y árboles de familia: dos metáforas cognoscitivas”. *ContraHistorias*, 7, pp. 17-36.
- GOLDSTEIN, J., (2019). *Georg Forster. Voyager, Naturalist, Revolutionary*, Chicago: University of Chicago Press.
- GOULD, S. J., (1989). “Church, Humboldt, and Darwin: The Tension and Harmony of Art and Science”. En F. KELLY (Ed.), *Frederick Edwin Church* (pp. 94-107). Washington D. C.: Smithsonian Institution Press.
- JACKSON, S. J., (2009). “Introduction”. En S. J. JACKSON, *Essay on the Geography of Plants* (pp. 1-46). Chicago: University of Chicago Press.
- KEEN, B., (1997). “Alexander von Humboldt”. En M. S. WERNER (Ed.), *Encyclopaedia of Mexico* (pp. 660 y ss.). Chicago: Fitzroy Dearborn.
- KIRCHHOFF, P., (1962). “La aportación de Humboldt al estudio de las antiguas civilizaciones americanas: un modelo y un programa”. En M. O. de BOPP (Ed.), *Ensayos sobre Humboldt* (pp. 89-103). México D. F.: Universidad Nacional Autónoma de México.
- KOSSOK, M., (1969). “Alexander von Humboldt und der historische Ort der Unabhängigkeitsrevolution Lateinamerikas”. En W. HARTKE (Ed.), *Alexander von Humboldt. Wirkendes Vorbild für Fortschritt und Befreiung der Menschheit. Festschrift aus Anlass seines 200. Geburtstages* (pp. 1-52). Berlín: Akademie.
- KÜGELGEN KROPFINGER, H., (1983). “El frontispicio de François Gerard para la obra de viaje de Humboldt y Bonpland”. *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas*, 20, pp. 575-616.
- KUTZINSKI, V., ETTE, O. y WALLS, L. D., (Eds.) (2012). *Alexander von Humboldt and the Americas*, Berlin: Verlag Walter Frey.
- LEON-PORTILLA, M., (1962). “Humboldt, investigador de los códices y la cosmología náhuatl”. En M. O. de BOPP (Ed.), *Ensayos sobre Humboldt* (pp. 133-148). México D. F.: Universidad Nacional Autónoma de México.
- LUBRICH, O., (2001). “Como antiguas estatuas de bronce. Sobre la disolución del clasicismo en la Relación histórica de un viaje a las regiones equinociales del nuevo mundo, de Alejandro de Humboldt”. *Revista de Indias*, LXI, 223, pp. 749-763.
- LUBRICH, O., (2002). “Egipcios por doquier: Alejandro de Humboldt y su visión orientalista de América”. *Humboldt in Netz*, 5, pp. 52-75.
- MANTHORNE, K. E., (1989). *Tropical Renaissance: North America Artists Exploring Latin America, 1839-1879*, Washington D.C.: Smithsonian Institution Press.
- MASON, P., (2001). *The Lives of Images*, Londres: Reaktion.
- MATHEWSON, K., (2006). “Alexander von Humboldt’s image and influence in North American geography”. *Geographical Review*, 96, 3, pp. 416-38.
- MAYO, R. S., (1969). *Herder and the Beginnings of Comparative Literature*, Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- MAYR, E., (1982). *The growth of biological thought*, Cambridge: Harvard University Press.
- MINGUET, C., (1969). *Alexandre de Humboldt. Historien et géographe e l’Amérique espagnole (1799-1804)*, París: Faculté des lettres et sciences humaines.
- MOOK, A. (2012), *Die freie Entwicklung innerlicher Kraft. Die Grenzen der Anthropologie in den frühen Schriften der Brüder von Humboldt*, Göttingen: V&R unipress.
- PODGORNY, I., (2003). “Medien der Archäologie”, *Archiv für Mediengeschichte*, 3, pp. 167-179.

- PRATT, M. L., (1992). *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*, Nueva York: Routledge.
- REBOK, S., (2001). “Alexander von Humboldt y el modelo de la *Historia Natural y Moral*”. *Humboldt in Netz*, II, 3. DOI: <https://doi.org/10.18443/21>
- SACHS, A., (2006). *The Humboldt Current: Nineteenth-Century Exploration and the Roots of American Environmentalism*, Nueva York: Viking.
- SCHWENINGER, L., (2016). “A Return to Nature’s Order: Indigenous Peoples and the Politics of Alexander von Humboldt’s Political Essay on the Kingdom of New Spain”, *ELOHI* , 9, DOI: 10.4000/elohi.1061.
- SEBASTIANI, S., (2014). “What constituted historical evidence of the new world? Closeness and distance in William Robertson and Francisco Javier Clavijero”. *Modern Intellectual History*, 11, 3, pp. 675-693.
- THOMPSON, J. E. S., (1972). *A Commentary on the Dresden Codex: A Maya Hieroglyphic Book*, Philadelphia: American Philosophical Society.
- WALLS, L. D., (2009), *The Passage to Cosmos: Alexander von Humboldt and the Shaping of America*, Chicago: University of Chicago Press.
- WULF, A., (2015). *The Invention of Nature. Alexander von Humboldt’s New World*, New York: Knopf.
- WITTKOWER, R., (1938-9), “Transformations of Minerva in Renaissance Imagery”. *Journal of the Warburg Institute*, 2, 3, pp. 194-205.
- ZEUSKE, M., (2005). “Alexander von Humboldt y la comparación de las esclavitudes de las Américas”. *Humboldt in Netz*, 6, 11, 65-90.